



EL MARISCAL SUCRE Y LA VOLATIL GEOPOLITICA ANDINA

Tres siglos antes del nacimiento de Antonio José de Sucre la gran civilización inca había vencido las cumbres andinas para convertirlas en habitat más allá de los cuatro mil metros de altura. Desde allí irradió su influencia sobre el resto del Continente. El imperio, conocido como Tahuantinsuyu, tenía por capital la encumbra da ciudad del Cuzco y se extendía desde el sur de Ecuador, incluyendo el actual territorio de Perú, hasta alcanzar el norte de Chile; desde el lago Titicaca y el Altiplano hasta el norte de Argentina, abarcando los valles de las estribaciones de la cordillera y los llanos orientales. La llegada del colonizador español conculcó sus límites e impuso una nueva organización del espacio con miras a una mejor depredación de los recursos.

En el siglo XVI Suramérica empezó a ser disputada por las coronas de España y Portugal, quienes inicialmente se dividieron los enormes espacios tomando como referencia el tratado de Tordesillas firmado en 1492. España organizó sus posesiones desde el Mar Caribe en el Norte hasta la Cuenca del Río de la Plata en el Sur, abarcando en su totalidad la Cordillera de los Andes. La corona organizó tres grandes unidades administrativas o virreinos: el de Perú en 1535, el de Nueva Granada en 1739 y el del Río de la Plata en 1776. Los dos últimos surgieron, entre otras motivaciones, por la necesidad de la metrópoli de exportar las ingentes riquezas de oro y plata procedentes de los Andes. Por su parte, Portugal relegó sus posesiones por algún tiempo; pero, a partir del siglo XVII, deja de mirar hacia el Africa, para emprender una agresiva política expansionista tendiente a ampliar sus territorios y controlar puntos neurálgicos en el continente sudamericano.

Tres núcleos de confrontación

surgieron localizados en las cuencas de los ríos Amazonas y Río de la Plata y en la búsqueda de un corredor terrestre hacia el Océano Pacífico que pasara por la Cordillera de los Andes. Por sus ingentes riquezas y por las particularidades de su localización Perú se convirtió en el centro apete cido por las rivalidades coloniales, convirtiéndose en el nudo gordiano de las confrontaciones geopolíticas. Su vientre codiciado por sus riquezas presentaba dos puertos o bocas de salidas hacia el comercio español: Cartagena, en el Caribe, y Buenos Aires, en la desembocadura del Río de la Plata en el Océano Atlántico.

Para normalizar sus diferencias limítrofes las coronas ibéricas establecieron primero el tratado de Madrid en 1750 y después el de San Ildefonso en 1777. En estos acuerdos se puso de manifiesto la habilidad diplomática portuguesa para convalidar grandes espacios conquistados, especialmente hacia el norte, en la región amazónica. Los enviados portugueses lograron imponer el criterio de que "cada parte se quedara con lo que tenía", equivalente al *Uti Possidetis* de facto. De una manera muy discutible, juristas lusobrasileños lo definían como "la ocupación mansa del territorio".

Durante el período colonial los conflictos europeos se reflejaban de manera significativa en las delimitaciones sudamericanas. Consecuentemente, las guerras napoleónicas desestabilizaron de manera terminante el orden colonial al vincularse con la crisis de la sociedad colonial.

Mediado por estos eventos discurre la existencia de Antonio José de Sucre. Su vida resalta de manera luminosa como un capítulo singular de la "gloriosa gesta de emancipación" sudamericana. Su figura aparece estrechamente asociada a la de Simón Bolívar. El historiador Augusto Mijares lo define como "el complemento más feliz" del carácter del Libertador. Nace el 3 de febrero de 1795 en la pequeña ciudad de Cumaná, ciudad primogénita en el continente, para entonces un pequeño poblado polvoriento que no pasaba de 18 mil moradores. El Mariscal vio la vida por primera vez frente al Mar Caribe; pero la suerte lo volvió un guerrero andino echándolo hacia las cumbres. Sus mayores éxitos militares los obtiene en el Altiplano. Es considerado el símbolo del militar profesional, un gran estratega continental. No fue un caudillo. En él los conceptos de militarismo y civilismo durante la lucha de la independencia, se conjuga-



Alejandro Mendible Z.

ron. Después de 1830, su persona podría haber significado una transición armónica, evitando los traumas del personalismo arbitrario.

Sucre, en menos de 20 años, realizó lo que otros hombres públicos en toda su vida. Combatiente internacional desde sus 12 años participó en 32 combates y en 19 campañas militares; en su hoja de servicios resalta su magistral actuación durante la Campaña del Sur. Su prematura muerte en 1830 contribuyó a truncar el proceso de integración de la Gran Colombia. Es considerado como el gran "héroe romántico" de la independencia.

SUCRE Y LOS CONFLICTOS LIMITROFES

A Sucre le cupo el honor de cortar el nudo gordiano del colonialismo español. Las fuerzas libertadoras procedentes del Río de la Plata, bajo la dirección de San Martín, y las de la Gran Colombia, bajo la conducción de Bolívar, actuando en una acción de tenazas se encontraron en Perú. Pero le correspondió a Sucre, el 9 de diciembre de 1824, el gran triunfo en la batalla de Ayacucho, "crisol de una gran fraternidad continental", y considerada por el Libertador como, "la cumbre de la gloria americana".

El Virreinato del Perú era la colonia más poderosa de España en América, y la ciudad de Lima, fundada lejos del mundo andino, el centro de ese poderoso imperio colonial. Aquí estuvo radicada la mayor parte de la nobleza española en América y era también el centro del poder religioso. Al tiempo de estallar la revolución contaba con una población cercana al millón y medio de habitantes; pero era una población heterogénea, compuesta por diversas razas con antagonismos sociales entre ellas, y con sentimientos diver-

sos y diferentes frente a la independencia. En gran medida el movimiento emancipador fue obra de criollos y mestizos. El indio, por lo general, que formaba la mayoría de la población, no tenía un sentimiento definido de independencia. No obstante, en 1780 estalló la gran rebelión del cacique Tupac Amaru, que puso en conmoción toda la parte sur del virreinato y la región de Charcas, repercutiendo en la región de Buenos Aires y también en la Nueva Granada con la revolución llamada "de los comuneros". En el Virreinato del Perú no surgió ninguna Junta de Gobierno proindependentista, como ocurrió en otros lugares de América. El virrey José Fernando de Abascal demostró habilidad política para enfrentar el surgimiento de la crisis. El intelectual peruano Víctor Andrés Belaude considera como positivo que Abascal proclamara, si no la independencia, por lo menos la autonomía de este imperio, dentro de la gran monarquía española.

Los comerciantes monopolistas de Lima fueron acérrimos enemigos de la emancipación, y con su dinero contribuyeron en mucho a retardar su proceso. En Lima existía la mayor cantidad de funcionarios coloniales, y se encontraban enraizados, más que en ninguna otra parte, la tradición y las costumbres españolas. Si Lima era la capital más fabulosa de América, El Callao era el puerto más importante protegido por inexpugnables fortalezas, con una poderosa escuadra que dominaba ampliamente el mar Pacífico.

Considerando los bloques de poder existentes en el continente, Bolívar ideó la Gran Colombia. En la práctica, el nuevo bloque tenía como marco geográfico el Virreinato de la Nueva Granada, y buscaba mantener el equilibrio entre la

potencialidad de los Estados Unidos y México, al Norte, y los países rioplatenses, al Sur. Este último, en 1816, se convirtió en las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Con mucha frecuencia Perú sostuvo controversias con los otros virreinos por sus jurisdicciones territoriales. La provincia de Guayaquil, hoy Ecuador, le pertenecía en lo militar; pero en lo demás, dependía de Santa Fe de Bogotá. Las provincias del Alto Perú, hoy Bolivia, fueron peruanas originalmente; pero en 1778 el rey Carlos III las incorporó al virreinato del Río de la Plata. Pero, por lo general, las grandes fronteras despobladas nunca fueron definidas sino de manera vaga por referencias a ríos o montes.

La Provincia de La Paz, del Alto Perú, fue la primera en iniciar la revolución de la América meridional. En 1809 el pueblo depuso a las autoridades españolas y constituyó una "Junta Tuitiva"; pero, poco afortunados en la guerra con España, los patriotas de esta región no lograron su independencia definitiva sino después de la victoria de Ayacucho. Sucre, comisionado al efecto por Bolívar, expidió un decreto en La Paz, el 9 de febrero de 1825, convocando una asamblea de diputados de las Provincias del Alto Perú, para que decidieran de su suerte futura. La asamblea fue instalada en Chuquisaca el 10 de julio, y el 6 de agosto, declarando que dichas Provincias se erigieran en Estado independiente con el nombre de "República de Bolívar", aclamó al Libertador como Padre de la Patria, lo eligió Jefe Supremo del Estado y le confió el encargo de formular su primera constitución.

Sucre fue nombrado Presidente vitalicio el 25 de septiembre de 1826, pero aceptó la presidencia por sólo dos años. Su gobierno fue ilustrado, progresista y liberal. Redujo la fuerza

armada a 50 granaderos. A los pocos meses de posesionado, escapa de milagro, en su propio palacio, al puñal del comandante Valentín Matos. En abril de 1828 estalla una insurrección, que, si bien termina en breves días, le cuesta dos heridas en el brazo derecho y en la cabeza. Posteriormente, tropas del Perú invaden el territorio boliviano con el pretexto, entre otros igualmente inconsiderados, de que el Presidente se oponía a la confederación de ambos países. Y, aunque las cosas se arreglan después de algunos combates, Sucre aprovecha la circunstancia de cumplirse ya los dos años, a los que deliberadamente redujo su periodo presidencial, para presentar su renuncia al Congreso.

La creación de Bolivia como estado independiente tuvo enormes repercusiones sobre la geopolítica de la región del Cono Sur. Las cuatro provincias que constituían el Alto Perú, al no plegarse ni al Perú ni a la Argentina y declararse independientes, alteraron el equilibrio en el Continente. Como consecuencia de lo anterior, según algunos autores, se dio la guerra de la Confederación Perú-Bolivia, y después, en 1879, la guerra del Pacífico, cuando Chile le declaró la guerra al Perú y Bolivia. La posesión de yacimientos de nitratos descubiertos en el desierto de Atacama contribuyó como pretexto de la guerra Chile-Perú, una de las más sangrientas entre naciones latinoamericanas. Luego ha permanecido un permanente estado de inquietud que repercute en Perú, Chile y Argentina, motivado por la existencia mediterránea de Bolivia. Las cicatrices dejadas por este conflicto todavía no se han cerrado, y con frecuencia se manifiesta a modo de una afrenta nacional en la conciencia nacional de los pueblos peruano y boliviano. En 1974, por ejemplo, durante el gobier-

no militar nacionalista del Gen. Velasco Alvarado en Perú y el Gen. Pinochet en Chile se especuló sobre una eventual confrontación obedeciendo los dictados de la guerra fría.

La evolución de Bolivia también ha resultado muy azarosa. Desde muy temprano la suerte de su economía se vinculó con las minas de estaño. El producto de la explotación contribuyó al fabuloso enriquecimiento de las familias Patiño, Rothschild y Aramayo. La alianza de la gran minería y del feudalismo, apoyada por el imperialismo británico, hace de Bolivia un gran campamento minero, y de los bolivianos, esclavos baratos y resignados.

Dos guerras fratricidas, la del Pacífico ya mencionada y la del Chaco en 1932 contra Paraguay, por el petróleo, le acarrearón la pérdida de sus costas oceánicas y las tres cuartas partes del territorio chaqueño. La cesión al Brasil del Acre Amazónico, en 1902, completó la reducción del país.

Igualmente su evolución política ha sido un verdadero vía crucis. En 1946 el Gen. Gualberto Villarroel, quien se encontraba en el poder bajo el lema "no soy enemigo de los ricos, pero soy más amigo de los pobres" es derrocado por el ejército en connivencia con la oligarquía. Villarroel es asesinado y colgado su cuerpo de un farol en la plaza de La Paz. A partir de ese momento la represión y las masacres de campesinos fueron radicalizando los campos sociales, hasta que en 1952 se produjo una revolución encabezada por el Movimiento Nacional Revolucionario. La revolución tenía como objetivo la nacionalización de la minas y la reforma agraria.

Ecuador es el otro país vinculado a la memoria de Sucre, que también ha visto reducir su territorio como una piel de

zapa. La vinculación histórica entre el héroe y el país son grandes: La conducción de la batalla de Pichincha el 24 de mayo de 1822 y su matrimonio con una dama quiteña, la marquesa de Solanda, Mariana Carcelén y Larrea, con quien tuvo una hija, Teresita. Sus restos reposan en la Catedral Metropolitana de Quito.

EL BICENTENARIO Y EL CONFLICTO FRONTERIZO

Durante las guerras de independencia se alteró el mapa político del continente. Esa situación no ha terminado de manera definitiva y continúan varios problemas de límites pendientes. Hoy la idea de límite responde a una noción lineal, mientras que el concepto de frontera se refiere a una noción espacial que implica no sólo la línea divisoria, sino toda la zona delimitada. El conflicto entre Perú y Ecuador surge, precisamente, por la falta de delimitación de las fronteras. En 1829 se le atribuye a Sucre defender a Ecuador de la ocupación peruana en la batalla de Tarqui. En 1941 se produce una guerra, y el año siguiente se elabora el tratado de Río de Janeiro, firmado por ambos países, desconocido hoy por los ecuatorianos y considerado válido por los peruanos. Las confrontaciones en el área nunca han cesado. En consecuencia, las versiones del conflicto varían según las diferentes interpretaciones nacionales. En estos momentos, de búsqueda de información, recomendamos a los lectores de esta columna leer el expresivo cuento del escritor peruano Julio Ramón Ribeyro titulado "Los Moribundos", donde refiere una guerra entre pueblos semejantes, injustamente manipulados.

En este momento, surge un conjunto de reflexiones en re-



lación al conflicto. Primero, sus implicaciones nefastas sobre la integración sudamericana. Segundo, las incuestionables implicaciones geopolíticas. Tercero, sus vinculaciones con las situaciones políticas nacionales de los países en conflicto. Cuarto, la importancia creciente de las fronteras amazónicas. Y, quinto, las implicaciones del derecho internacional.

Hay coincidencia en señalar que el conflicto es un golpe contra los intentos integracionistas sudamericanos. Dos fuerzas contrarias pugnan en este proceso: una centrípeta, que atrae hacia un centro donde hace causa común el colectivo progresista del continente, y otra centrífuga, con tendencias a alejarla de su loable objetivo y donde se encuentran los intereses bastardos. A la primera, donde se engranaban los relanzamientos de los pactos Andino y Amazónico para vincularse con el Merconorte y de esta manera constituir una zona de libre comercio a nivel continental, se le contraponen la crisis mexicana y el actual conflicto. En el orden geopolítico crece la sospecha de que los dos países sean piezas de ajedrez, de las confrontaciones de la banca internacional, para que no se pueda romper el yugo de la deuda externa, o de los mercaderes de armas. En relación a la política interna de los países involucrados, se observa la ten-

dencia de lanzar hacia afuera los problemas nacionales buscando capitalizar la unidad. En este orden de ideas, se señalan en Perú las aspiraciones reeleccionistas de Alberto Fujimori, y en Ecuador la eventualidad de que Durán Ballén no puede ceder en el problema fronterizo ya que sería de puesto rápidamente por un golpe militar. Llama la atención la manipulación de los indígenas y de los campesinos. Se utiliza como masas de maniobras, en Ecuador, los shuars, reductores de cabezas, y en Perú los miembros de las rondas campesinas. También, en el conflicto se detecta la importancia creciente de las fronteras amazónicas y el aumento de la codicia internacional sobre la región. Otro aspecto lo constituye la aplicación de un tratado internacional con cuatro países garantes y la jurisdicción de los organismos internacionales como la OEA y la ONU.

El conflicto coincide con el bicentenario del general Sucre, rodeado de circunstancias excepcionales para el destino latinoamericano. En el presente, el gran mensaje de Sucre no puede ser el de la guerra sino el de la unidad y la paz. Se impone terminar con la cultura de la desintegración y acen-tuar la acción integracionista.p

Alejandro Mendible Z. es internacionalista, profesor titular de la UCV.